

ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V

«BARCELONA 8 DE FEBRERO DE 1886»

NUM. 215

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



DECLARACIÓN DE AMOR, cuadro de E. Lancerotto

SUMARIO

TEXTO.—*La vuelta al año*, por don J. Ortega Munilla.—*Nuestros grabados*.—*El diablo lo envía* (continuación), por don Enrique Pérez Escrich.—*Carta de América*, por don Alberto Tissandier.—*Viaje a Filipinas* (continuación), por el Dr. J. Montano.

GRABADOS.—*Declaración de amor*, cuadro de E. Lancerotto.—*Los restos del banquete*, cuadro de L. Gatteri.—*Magdalena penitente*, cuadro de Pompeo Batoni.—*Un lobo marino*, cuadro de Emilio Renouf.—*Vista de Pittsburgh tomada desde el monte Washington*.—*Carruaje de tranvía en un plano inclinado, en Cincinnati*.—*Una ciudad naciente en los Estados Unidos: Mac Bride City, en Pensilvania*.—*Una aldea de Lusón*.—*Salón del comerciante chino Narciso en Daraga*.—*Suplemento Artístico: Discusión teológica entre Pedro Galle y Olao Petri, en Upsal en 1524*, cuadro de Hellqvist.

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

Un libro notable.—La literatura catalana: Narciso Oller, *Serafi Pitarra*, Verdager.—El general Fajardo ha muerto.—Decadencia del año teatral.—Traducciones abominables.—Aburrimiento del público.—Los *Hanlon-les*.

Con el título de: *El año pasado, letras y artes en Barcelona*, se ha publicado un interesante volumen, en que un escritor de gran talento, J. Ixart, hace el resumen del movimiento intelectual en Cataluña durante los doce meses de 1885.

Sirve esta juiciosa síntesis como de catálogo para conocer el gran progreso de las artes y las letras catalanas.

De algunos años a esta parte ha tomado extraordinario vuelo la literatura catalana, que antes estaba dormida, limitándose su ejercicio, excepción hecha de unos cuantos escritores notables, al canto de las musas que entonaban las viejas baladas provinciales, sin verdadero carácter regional y acomodándose más bien a los modelos de Mistral que procurando infiltrar en sus endechas el perfume de los vergeles catalanes. Desde entonces acá el movimiento ha sido rápido, el desenvolvimiento velocísimo: ya no es uno, son muchos los escritores catalanes que cultivan con extremado aliento y con notable inspiración la literatura.

Narciso Oller se ha revelado con dos libros como un gran novelista, a la manera de Alfonso Daudet, estudiando el natural, sorprendiendo los perfiles físicos y morales de la vida, penetrando en el sentido de ella, y vaciando en moldes artísticos el metal líquido que ha encontrado en las minas de su observación.

La primera de sus novelas se titula: *La Papallona*, y ha sido traducida al francés, mereciendo que Emilio Zola, el príncipe de los naturalistas, encabezase el tomo con un prólogo lleno de elogios para el escritor catalán.

Ahora acaba de publicar otra novela titulada: *Vilaniu*, digna de su hermana mayor.

En estos momentos despierta gran entusiasmo en Barcelona y en los principales centros intelectuales de Cataluña el famoso escritor que firma sus obras con el pseudónimo de *Serafi Pitarra*, ya muy conocido por sus dramas llenos de energía y viveza, inspirados en los modelos de la escuela de Victoriano Sardou.

Acaba en estos instantes de dar a la estampa un poema de la más alta inspiración, de esos que puede decirse que son el aleteo supremo de un genio que, habiendo volado muchos años sobre las copas de los árboles, un día se eleva a las alturas siderales y se hunde allí en lo infinito con un supremo arranque. El poema se titula: *Las alas negras*, y su fondo es la lucha eterna entre el bien y el mal.

Empieza el poema cantando *Serafi Pitarra* la eterna monotonía sonrosada de los cielos, en los que no había más que ángeles de alas blancas, todo era bondad, todo era perfección, todo obediencia al Creador de las cosas visibles e invisibles; una pesada somnolencia gravitaba sobre aquellos resplandores rosados, cuando de repente surgió del fondo mismo de esta obediencia la rebelión y apareció Luzbel, el ángel rebelde que se atrevió a mirar a Dios cara a cara y que se permitió discutir el poder con que el autor supremo ejercía la autoridad sobre los hombres. Numerosos episodios de la vida moderna, inspirados en este mismo contraste de luz y sombras, de alegrías y tristezas, esmaltan el poema de *Las alas negras*.

Otro insigne poeta catalán, Jacinto Verdager, ha añadido a los laureles que consiguió con su poema *La Atlántida*, los que en este momento le proporciona su nuevo poema *Canigó*.

«En alas de una nube, dice el Sr. Ixart en su juicio del poema, el poeta cruzó ayer el Océano, y allá en las noches estrelladas, vagando suspendido entre dos infinitos, la llanura de las aguas sin límite y la bóveda del cielo sin medida, vio surgir todo un continente tragado luego por inmensa vorágine, donde otros hubieran visto cuando más algún pececillo coleando ó alguna sirena mitológica.

«Aquella visión gigantesca, que Verdager cantó en *La Atlántida*, asombra por su grandiosidad, destacándose como principal mérito de la creación un arte exquisito y supremo para describir lo sublime físico. Hoy, con el bastón ferrado del excursionista, trepa Verdager a los Pirineos, y de nuevo lo sublime físico formará el cuerpo de su obra. Ayer un continente que se sumerge; hoy una cordillera que se mantiene enhiesta, teniendo por zócalo esta parte de Europa, separando dos naciones y dominando dos mares.»

Difícil es narrar el asunto de *Canigó*, pero el notable crítico catalán Ixart nos da el trabajo hecho, y de él trasladamos esta síntesis bellísima.

«El Conde Tallafiero, con su hermano el Conde de Cerdaña, arma caballero a Gentil, su hijo, en una ermita del Canigó, que es un monte de colosal altura y de poéticas vertientes. En la romería que sigue a la ceremonia sorprenden los amores de Gentil con una simple pastora, Griselda, y opónese a ellos rudo y áspero; mas sobreviene súbitamente una invasión de moros, acuden todos a las armas, y Gentil parte a caballo al castillo de Arriá, donde fué apostado para resistir al enemigo, y allí divisa una noche, pensativo, la cumbre del Canigó, y estando absorto en su contemplación le habla a su escudero del hechizo mágico, de las hadas que moran en la cima y de su poder omnipotente. Gentil se acuerda de su amada. ¡Quién sabe si le darían ellas un talismán para gozar del amor de Griselda! Arrebatado por esta idea, parte, deserta de sus banderas y olvida a su patria luego. Gentil es víctima de la seducción de Flor de Nieve, la reina de las hadas del Canigó; Flor de Nieve le muestra sus palacios fantásticos, recorre con él sus dominios en el Pirineo; las hadas sus sirvientas le cantan las leyendas del país. Pero en esto los dos héroes, Tallafiero y Guifre, acudieron a la lucha con los invasores. Desbandado su ejército, Guifre sorprende a Gentil en brazos de las hadas, y ciego de cólera por su criminal deserción lo mata y lo arroja por la montaña abajo. Cuando ya transida de pena Flor de Nieve iba a enterrarle, un escudero le arranca de los brazos el cadáver y baja con él a la ermita de San Martín: allí encuentra al padre de Gentil, a Guifre el matador y al obispo Oliva, gran figura de la historia eclesiástica de Cataluña. Guifre confiesa su crimen; el padre intenta furioso tomar venganza en él; el obispo se interpone entre ambos, el uno perdona y el otro se arrepiente. Tras el entierro de Gentil el poema canta la fundación del monasterio en que expiará sus pecados el Conde de Cerdaña, el llanto de su esposa Guisla, la locura de la desdichada Griselda y la conquista religiosa de la comarca por Oliva.»

Sobre este argumento Verdager hace galopar a los corceles de su

inspiración, creando una de las concepciones más poéticas, más hermosas que cabe crear, y que son gloria de la edad presente.

**

El general Fajardo ha muerto. Si pudiese darse vida a todos los españoles que han muerto víctimas de nuestras discordias civiles, ¡qué bizarra legión formarían y qué empresas no estarían al alcance de sus manos!

**

Inútilmente ensayan los teatros, las empresas y los autores nuevas maneras de satisfacer la curiosidad del público; en vano se estrenan obras todas las noches: ninguna resulta capaz de producir en las muchedumbres esos movimientos de entusiasmo febricitante que constituyen la alegría del arte escénico. Advirtiéndose en cuantos van a presenciar estos estrenos el aburrimiento y la falta de interés, y no porque sean escasos los ingenios que en España son capaces de atraer al público, sino porque no han iniciado las corrientes de novedad que la opinión pide.

En esta última temporada se han dado algunos autores a traducir del francés, sin ton ni són; han cogido lo bueno y lo malo; a autores que son eminentes y respetables y a otros que no merecían la pena de ser trasladados desde su idioma original al de Cervantes.

En la Comedia se estrenó, hace pocas noches, *El general Monleón*, que en francés se llamó *El honor de una familia*, en italiano *El suplicio de una madre*, y no sabemos si en volapuck se llamará de otra manera, porque si ésta lengua novísima tiende a expresar con verdad y laconismo el pensamiento del hombre, buscará una palabra que exprese el error, el absurdo, el disparate, para nombrar a este engendro.

Entre tanto, la pantomima triunfa todas las noches en el teatro de la Zarzuela. Los *Hanlon-les*, de quienes ya hemos hablado en la anterior revista para anunciar su venida, consiguen con sus saltos, sus bofetadas y sus ingeniosas combinaciones lo que no consiguen los autores y los actores de todos los teatros: atraer al público.

No faltan cejijuntos críticos que se enojan viendo cómo se aplaude al clown; sin embargo, el público, sordo a estas recriminaciones, dice, parodiando al dramaturgo francés: «Yo tomo mi diversión allí donde la encuentro.»

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

DECLARACIÓN DE AMOR, cuadro de Lancerotto

Bellísima composición, llena de intención y de vida. Esta declaración prospera: es posible que hasta prospere demasado.

El galán parece curtido en esta clase de lides; la doncella tiene trazas de ser más confiada de lo que a su honor conviene.

¡Con qué arte, aun mejor que sentimiento, pinta aquél la pasión que le devora!... ¡Cómo filtran sus palabras en el pecho de esa inocente criatura!...

El autor ha estado hábil verdaderamente; de una escena vulgarísima ha hecho un poemita. Es una escena de *Fausto*, que tiene lugar bajo el sol de Italia.

LOS RESTOS DEL BANQUETE, cuadro de Gatteri

Tristes, muy tristes para todo hombre de levantados sentimientos, debían ser esos tiempos en que una turba familiar é ignorante, y como ignorante abyecta, acudía a los patios de los alcázares y a las plazas de armas de los castillos, en demanda de los restos del banquete; bien así como la plebe romana aullaba a la puerta de las mansiones patricias, desde la cual se la arrojaba desdofosamente lo que no tenía virtud para adquirir ni valor para arrebatar. El autor del cuadro que hoy publicamos ha pintado gráficamente una de esas escenas: en ella el lujo, el despilfarro, la destemplada alegría del palacio, dan una pobre idea de la caridad de esos señores que socorren a los pobres y socorriéndoles les degradan. Esas damas, esos caballeros, esos pajes, arrojan los opiparos restos del banquete, como pudieran cedérselos a un enjambre de perros hambrientos, para gozar el repugnante espectáculo de ver cómo se devoran entre sí, disputándose el mejor bocado.

Gatteri ha pintado un buen cuadro y al propio tiempo ha dado una severa lección a los fariseos de todos los tiempos que, ni aun al practicar obras de misericordia, saben atemperarse a los preceptos de Aquel que tanto amó a los pobres. Por lo demás, hay en este lienzo una decoración grandiosa, una animación sorprendente, actitudes inmejorables como la del paje y la dama que apedrean mejor que socorren a la muchedumbre, y cierta libertad, cierto desorden, que sientan perfectamente a la índole y situación de los personajes. A la vista de esta composición, se felicita uno de no haber venido al mundo en semejantes tiempos.

MAGDALENA PENITENTE, cuadro de P. Batoni

Pocas figuras históricas se prestan al genio de un artista como la figura de María la cortesana de Magdala, la Magdalena del cristianismo. Célebre por su hermosura, famosa por su vida libre, rodeada de las pompas que adquiere a infame precio, sensual por temperamento y orgullosa de su belleza a copia de adoradores; penetra repentinamente en su corazón un rayo de luz divina; y aquella cuyo palacio era un pequeño y suntuoso infierno, emprende esforzadamente la vía del cielo; la que amó tan carnalmente, se abraza de amor purísimo y se redime a fuerza de espiritualizar sus afectos.

Un tipo de esta naturaleza ha de excitar naturalmente la imaginación del artista y así se explica porqué han sido tantos los pintores que han empleado su talento en reproducirlo. Los menos han escogido a Magdalena cortesana; los más, han preferido a Magdalena penitente. De éstos forma parte Batoni, y por cierto que su lienzo puede competir con las producciones de los afamados maestros que han tratado el asunto.

En el interior de sombría cueva, por cuya entrada se descubre un pedazo de cielo, se encuentra Magdalena absorta en piadosa lectura. La penitencia no ha destruido su belleza; pero esta belleza ya no es provocativa como la de la cortesana; el desnudo de su cuerpo es el desnudo de esas estatuas de Juno que nada dicen a los sentidos. Ni el ayuno ni el cilicio han deformado su cuerpo; porque Dios cuida de ella ya que ella sólo cuida de Dios.

El cuadro de Batoni es una obra verdaderamente inspirada y, a mayor abundamiento, ejecutada con una corrección y elegancia dignas del mayor encomio.

UN LOBO MARINO, cuadro de Emilio Renouf

Nadie ignora a qué clase de personaje se aplica el nombre de *lobo marino*, el veterano del mar, el hombre que ha hecho del Océano su patria y del buque en que navega el hogar querido, tanto ó más que aquel en que vino al mundo. El sol de los trópicos ha ennegrecido su rostro, la maniobra ha encallecido sus miembros, el hábito de la borrasca ha impreso en sus facciones una serenidad inalterable, el

peligro de la muerte, cien veces afrontada, le ha infundido esa tranquilidad de espíritu del que pone su confianza en Dios y no se ocupa del abismo que las olas abren a sus plantas. Duro en el trabajo propio, es exigente en el trabajo ajeno: echa ternos con la misma buena fe con que invoca a la Virgen del Carmen; tras su ruda corteza hay un alma de niño; apellídanle *lobo* y es un cordero en toda la extensión de la palabra.

El cuadro de Renouf ha sido expuesto en el último certamen parisiense y ha llamado con justicia la atención de los inteligentes, pues su autor ha demostrado que la verdad y la sobriedad pueden hacer notable una obra sin apelar a efectos rebuscados. Si fuese un retrato, sería un retrato que habla, lo cual no es común ni probable. Y sin embargo, nosotros hemos visto a ese hombre, bien sea a bordo de un buque ó paseando a lo largo de un muelle. Pues precisamente porque le hemos visto nosotros, porque le han visto todos, el hombre del cuadro no existe, pero existe en el cuadro el tipo del hombre que hemos visto, el tipo del *lobo marino*. Hé aquí su verdadero, ó al menos su mayor mérito.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

DISCUSIÓN TEOLÓGICA

entre Pedro Galle y Olao Petri, en Upsal en 1524

El cristianismo trasformó el mundo; el luteranismo lo trastornó simplemente. Lutero era un discutiendo de primera fuerza y sus discípulos unos teólogos que en ergotismos y sutilezas no iban en zaga a los teólogos pontificios. De aquí las sempiternas contiendas entabladas entre ortodoxos y reformistas, contiendas que, iniciadas en el interior de los templos, apuraban inútilmente los argumentos y apóstrofes de los mantenedores, y terminaban por lo común en el terreno de la violencia, interin la suerte de la Reforma se decidía en los campos de batalla.

La Reforma no hubiera dado tanto que hacer en Europa si la política no hubiera tomado pretexto de la religión para ventilar querencias de soberanos del todo ajenas a la cuestión de las *Indulgencias* y del Celibato del clero. Por esto vemos que los príncipes de los países agitados por la Reforma, convocan y presiden esas grandes asambleas de teólogos; y sin saber las más de las veces de qué se trata, ya se encargan de ahorrarse seglarmente a un fraile católico, ya de tostar en la plaza pública a un ministro reformado, según conviene a los cálculos de su política.

Una de tantas escenas de esta naturaleza, representa nuestro grabado: tiene lugar la discusión entre Pedro Galle, religioso católico, y Olao Petri, gran partidario de la Reforma, que fué primer arzobispo luterano de Upsal, cuando Suecia se declaró por la religión reformada. El lienzo de Hellqvist permite formar idea perfecta de una de esas escenas, verdaderamente extraordinarias, de que en el siglo XVI fueron teatro los templos del Norte. En el interior de la catedral de Upsal se encuentran reunidos prelados y capitanes, monjes y hombres de armas, no para orar, sino para reñir, no para implorar la misericordia de Dios, sino para exasperar las pasiones de los hombres. Los dos teólogos discuten violentamente; el efecto de la polémica trasciende al auditorio: cualquiera puede leer en el semblante de esos personajes la impresión que en ellos produce la disputa de Galle y de Petri. No hay en este cuadro, concebido con verdadero aliento, grupo, figura, detalle, que no esté tan bien calculado como felizmente ejecutado. Nada en él hay hecho a la ventura: como cuadro histórico hay pocos lienzos que tengan tanta y tan merecida importancia.

EL DIABLO LO ENVÍA

POR DON ENRIQUE PEREZ ESCRICH

(Continuación)

—Las once y media... ¡Qué noches tan largas!

El huésped se quedó mirando al tío *Orejón*, y después de una pausa, volvió a decir:

—Para que vea V. que me tomo interés en el porvenir de la familia de los *Orejones*, le diré que he oído decir a Genaro muchas veces estas palabras: «Mi padre será ya bastante viejo y es preciso que su hijo haga algo para que acabe tranquilamente sus días. Si es hombre honrado le compraré un cortijo que le produzca diez ó doce mil reales de renta al año; pero si es un mal hombre, entonces le borraré de mi memoria. Procura tú, Bautista, ya que vas a España, enterarte de la vida privada de mi familia.»

—¿Y V. qué piensa decirle cuando vuelva a América? —preguntó el tío *Orejón*.

—Yo estoy dispuesto a favorecer a Vds. todo cuanto pueda; pero mañana hablaremos sobre este particular porque es muy tarde y me estoy cayendo de sueño.

—Mañana,—se dijo el ventero para su capote,—no hablarás tú ya, porque ni quiero que le des a mi hijo malos informes, ni quiero desaprovechar esta ocasión que me proporciona el diablo.

Los dos interlocutores guardaron silencio permaneciendo inmóviles y taciturnos. Era indudable que se hallaban bajo esa dura impresión que ejerce en el cerebro una idea difícil a la que se procura dar claridad y forma.

Así trascurrieron algunos momentos hasta que por fin la *Orejoncito* apareció en la puerta de la cocina, con un farolillo en la mano.

—La cama está dispuesta,—dijo Serafina.—Cuando el señor quiera, le enseñaré el camino.

—Vamos allá, muchacha,—contestó Bautista cogiendo las alforjas y la capa y echándose las sobre los hombros.

El huésped dirigió una mirada al tío *Orejón*, permaneció un instante indeciso como si vacilara, pero por fin dijo:

—Buenas noches, hasta mañana.

—Si Dios quiere,—murmuró en voz baja el ventero.

—Buenas noches y descansar. ¿Quiere V. que le despierte temprano?

—No hay necesidad, soy yo muy madrugador.

Bautista dió algunos pasos hacia la puerta, y de pronto se detuvo, añadiendo:

—¿Tiene V. necesidad de entrar en la cuadra?

—No señor,—contestó el ventero.

—Lo digo porque mi perro *Sultán* está suelto, y como no les conoce a Vds. conviene no fiarse de él.

—Bueno es saberlo para no estar desprevenido.

Bautista salió de la cocina siguiendo a la *Orejón* que le condujo por una escalera desnivelada y angosta a su cuarto.

Los muebles de aquel dormitorio se reducían a una mesa de pino en un estado deplorable, una silla con el asiento de esparto, un arca de madera con la tapa agrietada y un tablado con un jergón, una manta y una almohada con funda de percal sucio y mugriento.

Serafina dejó el farolillo sobre la mesa, y dando las buenas noches al huésped, salió del cuarto.

El forastero la siguió con la mirada hasta perderla de vista, luego dejó la capa y las alforjas sobre el arca, acercó la silla a la mesa, y se sentó murmurando estas palabras:

—Mañana... mañana... Necesito saber algo más.

Como si le incomodaran las pistolas que llevaba en el cinto, las dejó sobre la mesa, y apoyando en ellas los codos, dejó caer la frente en las palmas de las manos.

En aquella actitud reflexiva permaneció un largo rato, luego se levantó, cogió el farolillo, y entró en la alcoba en donde estuvo examinando la cama con detenimiento.

—¡Qué miseria!...—se dijo.—Es natural que en esta venta no se hospede nadie, porque aquí, según lo que he visto, se carece hasta de lo más necesario.

Bautista salió de la alcoba, y comenzó a reconocer la habitación, abrió el arca, que sólo contenía algunos trapos viejos y trozos de cuerdas y correas.

—¡Pobre gente!...—volvió a decir.—Después de ver esto, que según parece es lo mejor de la venta, ya no me extraña esa sombría aspereza, ese malhumor de que se hallan poseídos los venteros. Indudablemente habrán pasado muchas noches de hambre, y el hambre es taciturna y muy propia para inspirar malos pensamientos.

Bautista volvió a sentarse en la silla, continuando de este modo sus reflexiones:

—¿Será verdad lo que dicen?... No, no puedo creerlo. Yo he puesto ante sus ojos un puñado de oro bastante crecido para tentar su codicia y no he notado ninguna demostración que me inspire recelo... Es cierto que todos tienen un carácter tético, retraído, salvaje; que ni la madre ni la hija han pronunciado una palabra de cariño para el pobre Genaro, pero hay que tener en cuenta la miseria que les rodea, la soledad en que viven, el desprecio con que les tratan. De ser uraños a ser ladrones y asesinos, como se asegura, hay una gran distancia; pero yo necesito saber la verdad y la sabré; sí, la sabré, y si efectivamente fuera cierto lo que se me ha dicho, ¡oh! entonces me volvería a América para no acordarme más de España.

En este momento comenzó a ladrar de un modo furioso el perro de Bautista.

—¿Habrán entrado alguno en la cuadra?—se dijo este.—¡Ah! entonces pobre de él, porque *Sultán* tiene unos colmillos terribles y bastante fuerza para despedazar a un hombre.

Hacia la cuadra se oyeron los lamentos y gritos de una mujer que pedía socorro.

Bautista se levantó, cogió el farolillo, y corrió precipitadamente hacia la escalera, diciendo:

—¡Cuidado con el perro, cuidado! No entren Vds. en la cuadra, ya bajo yo.

Pero al llegar Bautista al último escalón, le faltó la tierra debajo de los pies y se hundió lanzando un grito espantoso, el grito de un hombre desprevenido y confiado a cuyos pies se abre la tierra y se lo traga.

Al caer en aquél abismo inesperado, el huésped sólo pudo pronunciar estas palabras:

—¡Dios me valga!

Veamos nosotros lo que había sucedido.

Tan pronto como Serafina dejó al huésped en su cuarto, bajó a reunirse con sus padres que la esperaban sentados en uno de los bancos del hogar.

Allí reunidos los tres comenzaron a deliberar en voz muy baja, semiocultos en aquel antro sombrío tan apropiado para trazar el asunto que allí les reunía.

Serafina, que tenía el corazón más duro y el alma más atravesada de la familia, se ofreció a entrar en la alcoba del forastero, caminando á gatas hasta la cama y hundirle un puñal en el pecho así que se le supusiera dormido.

Este ofrecimiento lo hizo sin que le temblara la voz, sin conmoverse.

La tía *Orejón* opinaba que debían entrar los tres juntos en la alcoba, y mientras las mujeres le sujetaban en la cama, el hombre de un seguro golpe debía despacharle al otro mundo.

Aquellas dos furias, aquellas dos mujeres incomprensibles y feroces, con el afán de repartirse el botín, encontraban todos los caminos fáciles y expeditos para matar al confiado huésped.

El tío *Orejón* callaba y oía, hasta que por fin dijo con esa gravedad propia de un jefe:

—En estos casos se necesita mala intención y prudencia. Ese hombre parece que no desconfía de nosotros; pero, ¿podéis asegurarme si efectivamente no desconfía ó es que lo finge? ¿Podéis asegurarme si se dormirá como un topo ó por el contrario no pegará los ojos en toda la noche? El lleva un par de pistolas al cinto, se las pondrá como medida de precaución, debajo de la almohada, y no sería extraño que al primero que se acercara a su cama, le descerrajara un tiro á boca de jarro. Es preciso andar con tiento para no dar el golpe en vago.

Serafina hizo un gesto horrible, como si la devorara la impaciencia, como si estuviera sedienta de beber sangre, como si aquel crimen le vengara de la fealdad con que le

había dotado la naturaleza, y de la miseria que la rodeaba.

—No hagas muecas y atiende,—añadió el tío *Orejón*.

—Yo tengo mi plan y es más seguro que el vuestro; de algo me han de servir los años y la experiencia. La trampa de la cueva está al pie de la escalera que conduce al cuarto del americano, y por lo mismo he hecho que le arregléis allí la cama. Abierta la trampa queda un agujero de tres varas de profundidad y una de ancho, junto al primer escalón. De noche no es fácil ver esta sima y mucho menos el que baja precipitadamente. Es preciso que el forastero caiga en esta trampa y que antes de reponerse del golpe y la sorpresa se le despache para el otro mundo. ¿Me habéis entendido?

Los ojos de aquellas dos mujeres, de aquellas furias del averno, abandonadas de Dios y reñidas con la naturaleza, brillaron con esos fulgores siniestros con que revelan su gozo los criminales.

Habían comprendido el terrible plan del tío *Orejón*, indudablemente el más apropiado para conseguir sus fines.

—¿Entonces le llamaremos desde la cueva?—preguntó Serafina.

—Nada de eso. Tú y yo,—repuso el ventero,—bajaremos á la cueva con el candil, colocándole en un sitio que no ilumine la entrada, de modo que quede en la más completa oscuridad. Dejaremos la trampa abierta. Tu madre cogerá un palo atándole á la punta un trapo, y desde las ventanas del corral, que dan á los pesebres de la cuadra y tienen reja, inquietará al perro para que ladre con furia dando ella al mismo tiempo lamentos y pidiendo socorro. El forastero me ha dicho que no entráramos en la cuadra, porque *Sultán* es muy malo. Al oír lamentos y voces de mujer, creará que ha sucedido algo, y bajará de prisa para evitar que el perro haga alguna de las suyas, y naturalmente, caerá á plomo como en un pozo.

Serafina exhaló un rugido.

La tía *Orejón* sólo dijo con sombrío acento:

—Me gusta.

—Tú, Serafina,—prosiguió el ventero,—ya que quieres tomar parte, aunque yo me basto y me sobro para el asunto, coge el cuchillo grande de la cocina. Nos colocaremos uno á cada lado al final de la rampa de la cueva por donde bajará rodando como una pelota. Si se queda privado del golpe mejor para él, porque así no sentirá nada y sino lo mismo da; con que, manos á la obra.

Todo se hizo como lo dispuso el tío *Orejón*, aquel hombre fiero, de cuya casa maldita huían los viajeros y trajinantes de Andalucía.

IV

Sultán

El infeliz Bautista rodó por la húmeda rampa de la cueva quedando aturdido por el golpe.

Una casualidad, de esas que no se explican pero que suceden con frecuencia, hizo que el farolillo que se desprendió de la mano de Bautista, al caer se quedara suspendido sin apagarse en una desigualdad de la rampa.

Aquella luz derramó una débil claridad en la entrada de la cueva.

Bautista, magullado, dolorido y casi sin conocimiento, procuró incorporarse, y al apoyar una rodilla en el suelo, sintió una fuerte presión en la nuca que, imprimiéndole una brusca sacudida, le hizo caer de bruces con violencia.

Entonces lanzó otro grito de espanto, de terror, comprendiendo el peligro que le amenazaba, pues acababa de ver al tío *Orejón* con una enorme navaja en la mano.

—¡Qué va V. á hacer, desgraciado!...—le gritó Bautista.

Y recurriendo á toda la energía que presta la desesperación, hizo un titánico esfuerzo para desprenderse de la garra de hierro que le tenía sujeto por el cuello.

—Yo primero,—dijo de un modo sombrío y feroz Serafina, hundiendo su cuchillo en el vientre de aquel infeliz.

Bautista volvió la cabeza al sentirse herido y reconociendo á Serafina, á quien no había visto hasta entonces, exclamó de un modo indescriptible:

—¡Tú también!...

Pero antes de terminar esta exclamación, que le arrancaba tal vez más el dolor moral que el material, el ventero le asestó otra terrible puñalada en el pecho.

Entonces el pobre Bautista, cubierto de sangre, arrojado y sin fuerzas para levantarse, extendió los brazos hacia sus asesinos, y les dijo con una expresión de profunda tristeza:

—¡Padre!... ¡hermana!... ¿Por qué me mataís cuando yo venía á salvaros?... Yo soy Genaro.

El tío *Orejón* y Serafina retrocedieron hasta dar con las espaldas en las húmedas paredes de la cueva.

Genaro quiso levantarse y no pudo, se quedó sentado en el suelo mirando á sus asesinos con ojos compasivos.

El ventero y su hija, con los ensangrentados cuchillos en las manos, permanecieron inmóviles y mirándole también.

Los débiles fulgores del farolillo tenían de un color sombrío esta horrible escena.

—Sí... Yo soy Genaro,—añadió el herido con débil acento,—Genaro tu hijo, Genaro tu hermano... A fuerza de trabajo y economías había reunido una modesta fortuna en América y regresaba á España para partirla con vosotros, porque yo no había olvidado ni á mis padres ni á mi hermana... En Guadix... en Granada me dijeron: «La familia de los *Orejones* es una familia de asesinos, de ladrones... Nadie se detiene en su venta por temor de

ser robado...» Yo quise saber la verdad y os oculté mi nombre... Era cierto, sois unos ladrones... sois unos asesinos, pues á pesar de lo que os he regalado esta noche, me mataís de un modo tan inicuo como cobarde para robarme... Yo os perdono, pero la justicia de Dios y la de los hombres, no os perdonarán.

Genaro arrojó una bocanada de sangre; se sentía morir por momentos.

El tío *Orejón* y su hija no se movían del mismo sitio; ni un solo arranque, ni un solo impulso de compasión sintieron hacia aquél desgraciado que se hallaba en la agonía y que acaba de revelarles quién era.

Genaro, sentado en el suelo, con la cabeza caída sobre el pecho, movía los labios, tal vez rezaba, tal vez dedicaba algunas palabras de ternura á algún sér querido.

En este momento, la repugnante figura de la tía *Orejón*, con una azada al hombro, se presentó en la entrada de la cueva.

El silencio era profundo, nada se oía y la ventera, avanzando dos pasos, dijo:

—¿Habéis concluido?... ¿Hago falta?

Al oír esta voz, Genaro levantó la cabeza, se llevó las dos manos al pecho apretando la herida con ellas, y haciendo el último esfuerzo, dijo:

—Sí, madre, sí, baje V., baje V. á ver cómo muere el hijo de sus entrañas... El hijo á quien sus padres vendieron cuando era niño, y que hoy asesinan que es hombre. Pero yo perdono... á ustedes.

Genaro rodó por el suelo exhalando un bronco gemido con el cual se escapaba el alma de su cuerpo.

Estaba muerto, tendido boca arriba sobre un charco de sangre. Tenía los ojos abiertos y las manos puestas sobre la herida del pecho.

La tía *Orejón* acabó de bajar la rampa de la cueva, y viendo á su marido y á su hija arrimados á la pared, inmóviles, dijo:

—¿Qué ha dicho ese hombre?

Y señaló con la pala del azadón el cadáver de Bautista.

—Ha dicho que es nuestro hijo, ha dicho que era Genaro,—contestó el tío *Orejón* sin abandonar su sitio.

—¡Nuestro hijo!... Bah,—contestó aquella fiera,—eso lo ha dicho para que no lo matarais.

—¡No, no ha mentado, nos ha dicho la verdad!—exclamó el ventero en cuyo corazón quedaba aún sin duda un resto de ternura paternal.—¡Ese que ves ahí cubierto de sangre, es nuestro hijo Genaro!

Entonces sucedió una cosa increíble; Serafina avanzó un paso, miró al muerto, y dijo con una ferocidad que hizo estremecer hasta á sus mismos padres:

—¿Y qué?... ¡Aunque lo sea!... ¿No le hemos pedido al diablo un huésped rico? ¿no nos envió á ese? pues que cargue el diablo con la responsabilidad.

Y Serafina, inclinándose sobre el cadáver, le quitó la cadena y el reloj de oro y se lo guardó en el bolsillo del delantal.

—Con lo que cargará el diablo,—dijo el ventero,—es con tu alma, con la de tu madre y con la mía.

—Sea Genaro ó no sea Genaro,—añadió Serafina encogiendo de hombros,—la cosa no tiene remedio. Lo que importa es que nadie descubra lo que ha pasado esta noche en la cueva de la *Venta del Sol*.

Y como el tío *Orejón* y su mujer permanecían inmóviles, aquella hiena desnaturalizada, aquella furia del averno, añadió:

—¿Van Vds. á permanecer toda la vida sin moverse como los santos de piedra? Hay que hacer una hoya en la cueva, hay que enterrar eso.

Y señaló con el pie el cadáver de su hermano.

Los sabios académicos han definido de este modo, en el Diccionario de la lengua, la palabra *novela*: *Historia fingida y tejida de los casos que comunmente suceden ó son verosímiles.*

(Continuará)

CARTA DE AMÉRICA

Pittsburgo. — El gas natural y el petróleo. — Una ciudad de cuatro meses. — El plano inclinado de Cincinnati.

He dejado á mis amigos en Filadelfia para viajar en adelante sin compañero; pero en este país de América no se está nunca solo; me complazco en decirlo. Muchas veces, durante mis largas excursiones, me ha conmovido la extremada benevolencia de los americanos, y la simpatía que les inspiraba un francés aislado en su inmenso territorio, é impelido solamente por su deseo de ver y de instruirse. Siempre están dispuestos á serviros, y su complacencia y cordialidad son tales, que habría de ser muy ingrato quien las olvidase.

Héme aquí en Pittsburgo, ciudad siempre rodeada del humo y los vapores de las numerosas fábricas que contiene, pero muy pintorescamente situada sobre los ríos Alleghany y Monongahela, que constituyen el magnífico Ohio, (fig. 1).

Esta ciudad es muy sucia, y el olor constante del humo, muy desagradable; no se ve la parte pintoresca sino á través de negros vapores; y sin embargo, gusta permanecer aquí algunos días. Lo que más se admira es el ardimiento en el trabajo, que impresiona profundamente el espíritu.

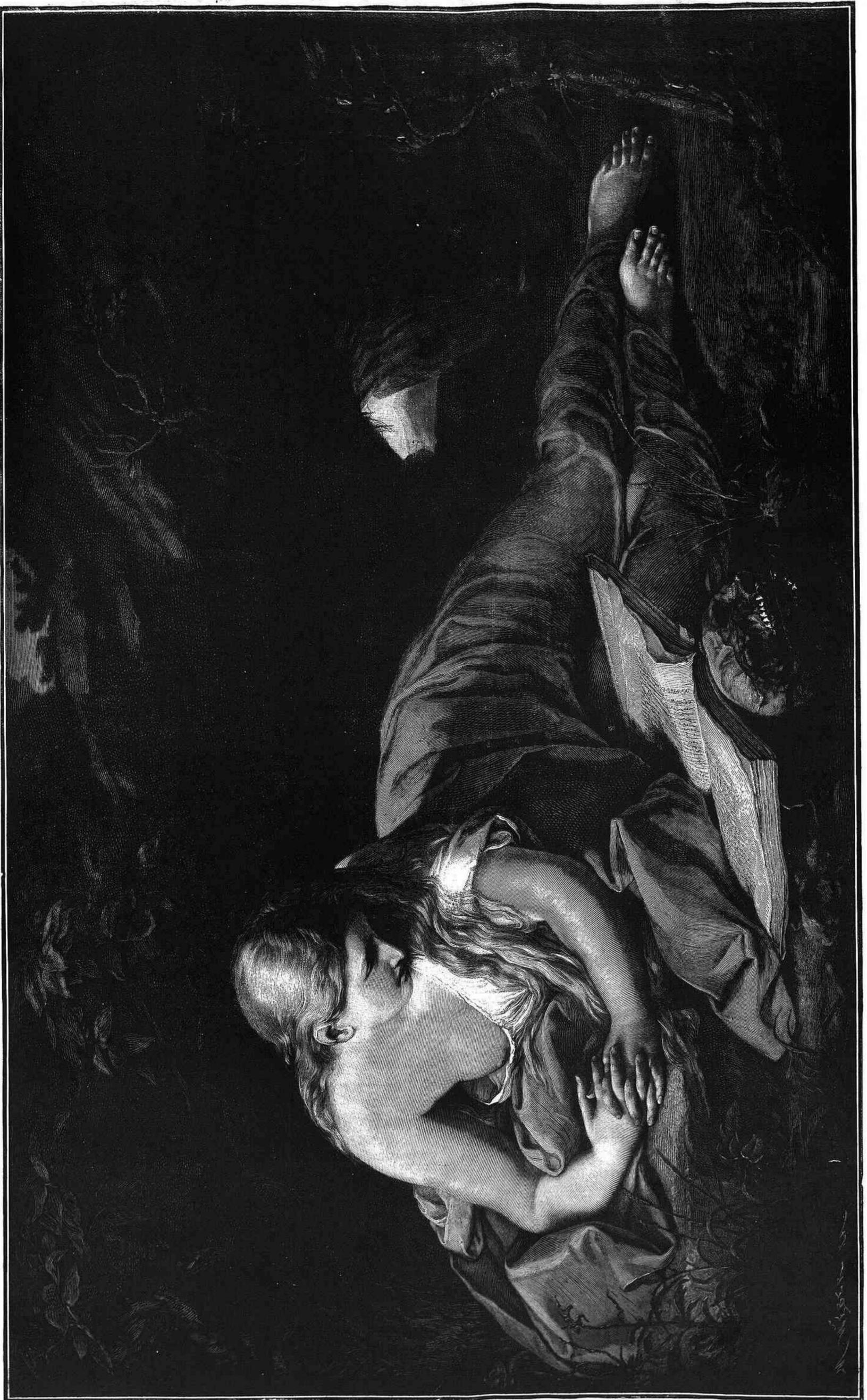
Gracias á las atentas cartas que me dió el célebre profesor Hayden, de Filadelfia, el sabio geólogo que descu-



LOS RESTOS DEL BANQUETE, cuadro de L. Gatteri



DISCUSIÓN TEOLÓGICA ENTRE PEDRO GALLE Y OLAO PETRI, EN UPSAL, EN 1524, CUADRO DE C. G. HELLQVIST.



MAGDALENA PENITENTE, cuadro de Pompeyo Batoni



UN LOBO MARINO, cuadro de Emilio Renouf

brío una gran parte del Parque de Yellowstone; y á los buenos consejos de M. Ashburner, otro geólogo, encargado del estudio de Pensilvania, he podido visitar la interesante fábrica de Bessemer y compañía y las localidades donde se recoge el petróleo, en el condado de Butler.

La fábrica Bessemer, situada á diez millas de Pittsburgo, se ha edificado sobre la orilla del Monongahela, cerca de City Farm: aquí se fabrica el acero por los procedimientos Siemens, pero en vez de hulla, emplean el gas natural como combustible para la mayor parte de las operaciones metalúrgicas, y para calentar las múltiples calderas. El agua de alimentación se toma del Monongahela, por medio de máquinas hidráulicas.

Antes se necesitaban seis mil toneladas de hulla al mes; y con el nuevo combustible se ha introducido una considerable economía.

El gas natural de la fábrica Bessemer viene de los alrededores de Murrayville, situada á catorce millas de City Farm: la empresa de Acme y compañía, de Lyon, es la que lo suministra. Hasta Braddick, los tubos de conducción miden 0^m,18 de diámetro, y desde aquí á la fábrica sólo tienen 0^m,15. Hace dos años que se utiliza este gas, y parece que su presión no ha disminuído en Murrayville; llega frío á la superficie de la tierra, pero su expansión

fuera de los tubos le enfría más aún, produciéndose el hielo en el borde.

Calcúlase que este gas tendrá en el espesor de la tierra de 14 á 15°. La profundidad de los pozos mide cerca de 420 metros.

La fábrica Bessemer produce todos los meses siete mil toneladas de acero, y muy pronto quedará montada para dar diez mil. El número de galápagos que suministra á la industria, varía de veinticinco á dos mil kilogramos; y también fabrica rails de acero para las vías férreas, ejes para los coches, etc., etc.

La mayor parte de las fábricas de Pittsburgo consumen hoy el gas natural, y todos los días se trata de abrir nuevos pozos. Abundantes en Murrayville, lo son más aún en las orillas del Alleghany; pero más ó menos encuéntrase por todas partes en estas regiones. En las grandes ciudades no se usa el gas natural para el alumbrado, á causa de ser de calidad muy inferior á la del de hulla; mas en cambio empléase mucho en las localidades pequeñas, como por ejemplo, en la nueva ciudad de Mac Bride, que, situada en medio de los bosques del condado de Butler, tiene alumbrado gracias á ese gas.

Mac Bride contaba cuatro meses de existencia cuando yo la visité, en abril de 1885, y el número de habitantes

ascendía á mil. Uno de los propietarios de pozos, M. Campbell, tuvo á bien conducirme á esta pequeña localidad, situada á seis millas de Butler City.

El país es encantador: por todas partes se ven cerros poblados de bosques, de magníficos árboles y cristalinas corrientes; pero es difícil formar idea de los espantosos caminos que es preciso recorrer.

Los caballos se hunden á menudo en el barro hasta el vientre; las ruedas de nuestro carricoche nos salpican de lodo á cada instante, y nuestro vehículo, maravilla de elasticidad y de ligereza, que sólo tiene dos asientos, sufre tales sacudidas que á cada paso temo verme arrojado á la vía. Cuando M. Campbell me preguntó si nuestros caminos, en Francia, estaban mejor conservados que los de su país, no pude menos de sonreírme, mostrándole mi rostro lleno de barro, ó más bien de una mezcla de aceite, agua y arena. Sin embargo, no estoy seguro de que me haya creído por mi palabra cuando le dije que nuestros caminos estaban limpios, llanos como el suelo de una habitación, y admirablemente conservados.

Al llegar á nuestro destino, veo la calle Mayor con sus casas de madera: Mac Bride tiene una oficina telegráfica y de correos, varias tiendas, un estanco, un hotel, un

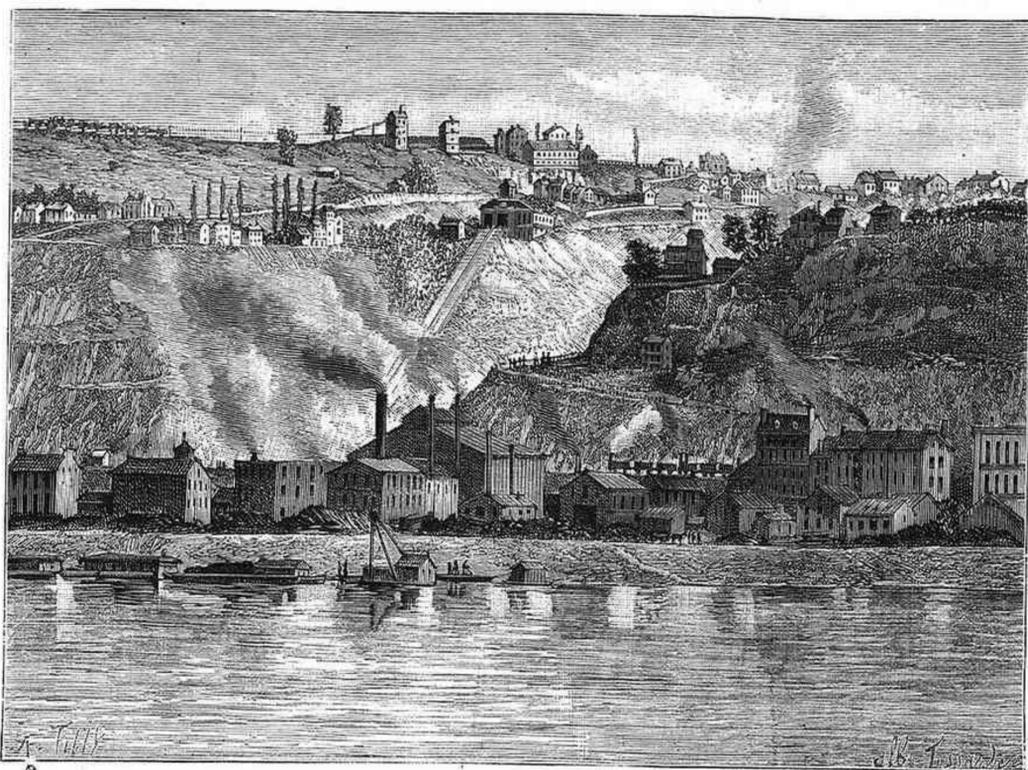


Fig. 1. - Vista de Pittsburgh, tomada desde el monte Washington

skating rink para los patinadores, y una escuela; á lo largo de las casas hay una acera de tabloncillos para que los transeúntes no anden por el barro (fig. 3): todo esto se ha hecho en cuatro meses, y á decir verdad, parece increíble.

Estas regiones del condado de Butler eran conocidas hace unos veinticinco años, época en que se buscaba el petróleo; pero las excavaciones se habían dirigido mal sin duda, porque estos lugares quedaron sin explotar. Hace algún tiempo se exploró otra vez el terreno, y obtuvieron buenos resultados, debiéndose á ello la creación inmediata de esta nueva ciudad, á la cual se dió el nombre de uno de los principales propietarios de pozos de petróleo de este punto.

En los alrededores de Mac Bride se ven muchos andamiajes en forma de torres, de unos ochenta y dos pies de altura: son los pozos de petróleo, en plena explotación. Durante el mes de marzo de 1885, noventa y cinco de ellos daban diariamente, por término medio, 53,900 barriles: Thorn Creek, localidad inmediata, suministraba 7,329.

El producto de un día, si el resultado es favorable, no baja de 200 barriles de aceite por cada pozo; á veces se extraen hasta 700, pero este rendimiento no duró mucho.

Junto á los pozos se han instalado grandes cubas que pueden contener unos 600 barriles.

El aceite corre desde aquellas á unos depósitos de un volumen mucho más considerable. En el país del petróleo hay más de 2,000 de estos depósitos, que son la fuente de arroyuelos limitados en tubos de cinco pulgadas de diámetro, que llevan el aceite á las grandes ciudades tales como Cleveland, Buffalo, Pittsburgh, etc.

Para extraer el aceite y hacerle llegar á la superficie de la tierra empleáanse máquinas de vapor; pero este último se produce por el agua de los arroyos de Mac Bride, y por el gas natural que se encuentra al mismo tiempo que el aceite en esta región: la hulla se emplea sólo excepcionalmente. Los pozos están situados en las colinas á diferentes alturas, y con frecuencia la misma máquina de vapor hace funcionar cuatro ó cinco bombas. Se acaban de abrir más de sesenta pozos, y todos funcionan con gran satisfacción de los propietarios.

La profundidad de estos pozos varía entre 1,400 y 1,800 pies; los tubos atraviesan diferentes capas de arena y de agua salada, etc. Reconócense bastante bien las arenas de buena calidad que encierran el aceite. Si se encuentra una roca durante la excavación, empleáse la dinamita para romperla. El cañón más grueso que sirve de base al pozo mide seis pulgadas de diámetro, y á éste siguen otros que sólo tienen dos.

En el mes de abril contábanse en Mac Bride doscientos pozos de petróleo, cuyo establecimiento costó unos cuatro mil duros, que se recobrarán muy pronto si la cosecha es buena. El barril de aceite vale ahora unas cuatro pesetas; hace veinte años se pagaban por el mismo doce duros.

La región inmediata á Oil City (ciudad del aceite) era la que más producía hace algunos años; pero su rendimiento parece disminuir ahora, siendo hoy día las regiones del condado de Butler, de Venango y de Bradford los centros más importantes.

De vuelta á Mac Bride, después de mi excursión á Butler, me causó el mayor placer la cordial acogida de varias personas de la pequeña ciudad; mas no me era posible permanecer largo tiempo con estos nuevos y simpáticos amigos. Despidome, pues, preguntando antes dónde encontraré un mozo para llevarme el equipaje á la estación. Poco después se presenta un joven para servirme, mas apenas puedo creer que sea un faquín, porque va muy bien vestido. Sin embargo, coge mi maleta y emprendemos la marcha. Sabiendo que soy francés, háblame de mi país, manifestándome sus deseos de ver la gran capital, y diri-

geme muchas preguntas que revelan tanta inteligencia como afán de instruirse. Este singular faquín acepta la propina que le doy al llegar á la estación, y estréchame la mano, deseándome un buen viaje.

Jamás he visto en Francia un faquín por el estilo. Nosotros estamos lejos de poseer un sentimiento natural de igualdad tan completo como en América, y que sin embargo se distingue por la conveniencia y la cortesía.

—Sois de un país mucho más antiguo que el nuestro, —me han dicho á menudo, — y á pesar de ello, aun conserváis preocupaciones que entre nosotros no existen.

De vuelta á Pittsburgh, he ido á ver los curiosos planos inclinados por medio de los cuales se sube al monte Washington, que se halla al otro lado del Monongahela: los más interesantes son los de la ciudad de Cincinnati.

Siempre edificadas por el mismo plano, estas ciudades americanas tienen todas el mismo aspecto: monumentos poco curiosos, y calles siempre mal conservadas; únicamente son pintorescas por su posición natural.

Cincinnati está admirablemente situada en las orillas del Ohio; su magnífico puente colgante, construido en 1865, es el primer modelo del de Brooklyn de Nueva York, y enlaza la ciudad con los arrabales, ya muy populosos. Cincinnati cubre actualmente todo el espacio comprendido entre el río y los montes Adam, Auburn, Harrison, etc.

La ciudad se desarrollaba cada vez más, y no podía pensarse en quitar las montañas; pero los americanos no han cedido ante la dificultad, porque hacen llegar hasta las cumbres tranvías, caballos y viajeros; y establecida así la circulación, fórmase diariamente un segundo Cincinnati, no menos grande que el primero, que se extiende en los montes y progresa sin cesar.

La figura 2, que representa un coche del tranvía en

el plano inclinado, dará una idea del sistema que enlaza la parte baja de la ciudad con la cumbre del monte de Adam.

El coche llega directamente á la plataforma, montada en un tinglado de hierro, cuyo peso es de diez y ocho toneladas, á pesar de su aspecto de extremada ligereza.

Después de haberse detenido algunos instantes, á fin de que los empleados puedan asegurarse de que todo está en su lugar, la ascensión comienza, y en menos de tres minutos se franquean los ochenta metros de altura de la montaña.

La longitud del trayecto recorrido es de 310 metros, y el ángulo de inclinación de 19°.

El tinglado de hierro está provisto de ruedas, y dos gruesos cables que se arrollan alrededor de una cabria de palastro le hacen subir. Al mismo tiempo que un coche asciende, otro baja; y los cables se arrollan y desarrollan en la misma cabria. Para evitar todo accidente se coloca un cable de hierro entre los otros dos; está fijo en el centro de dos armazones de hierro, y deslízase alrededor de una ancha polea. Si se rompiesen los cables, á pesar de todas las previsiones, mantendrían en equilibrio los coches que suben y bajan, y no podría ocurrir ningún grave accidente.

El peso del coche, incluso viajeros y caballos, es de nueve toneladas; la máquina de vapor necesaria para efectuar la ascensión de las plataformas es de seiscientos caballos.

En la cumbre del monte Adam se ha construído un inmenso caserón de madera para recibir á los viajeros cuando llegan los coches; es una cervecería colosal que puede contener más de tres mil personas: hay terrazas desde donde se domina toda la ciudad y las grandiosas curvas trazadas por el Ohio; salas de baile de invierno y verano, juegos de todas clases, y orquestas: estos son los principales atractivos de tan curioso establecimiento. Lejos de mostrarse excesivamente severos los domingos, por lo que hace al precepto religioso, como sucede en Filadelfia, los americanos de Cincinnati prefieren divertirse, y van á esas inmensas cervecerías con sus familias, para pasar una parte del día y de la noche. En las diferentes montañas de la ciudad hay varios establecimientos análo-

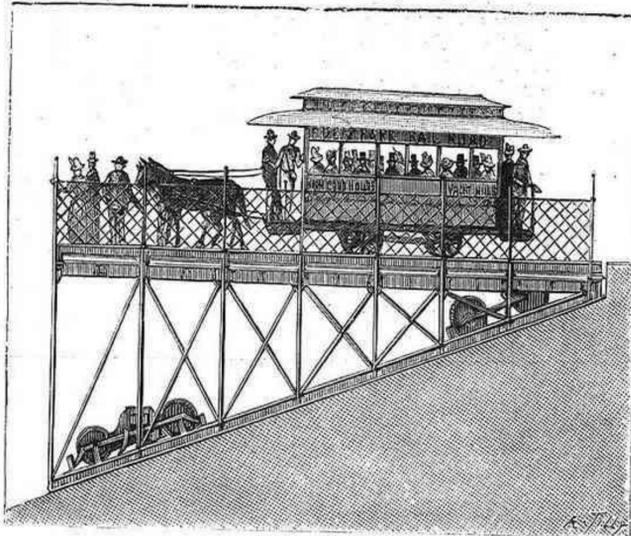


Fig. 2. - Carruaje de tranvía en un plano inclinado, en Cincinnati

gos, con orquestas bastante regulares. El elemento alemán predomina lo suficiente en Cincinnati para haber introducido esta diferencia de costumbres en la ciudad donde no hay tanta rigidez como en las demás de los Estados Unidos.

ALBERTO TISSANDIER

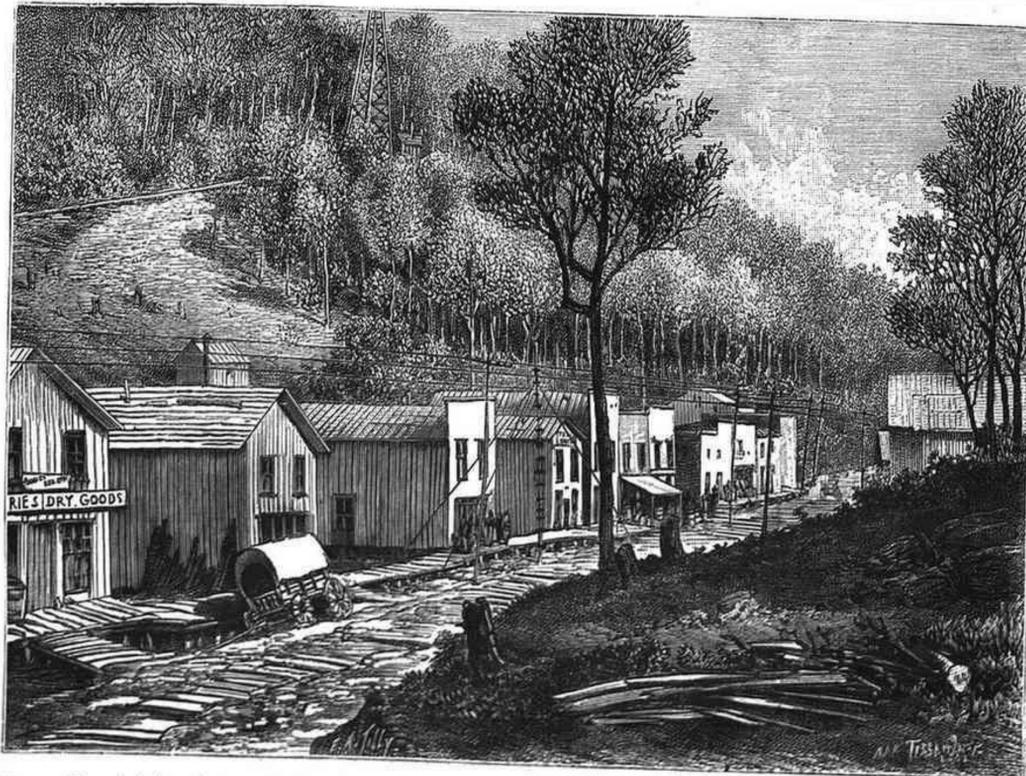


Fig. 3. - Una ciudad naciente en los Estados Unidos: Mac Bride City, en Pensilvania. (Copia del natural por A. Tissandier)

VIAJE Á FILIPINAS
POR EL DOCTOR J. MONTANO
(Continuación)

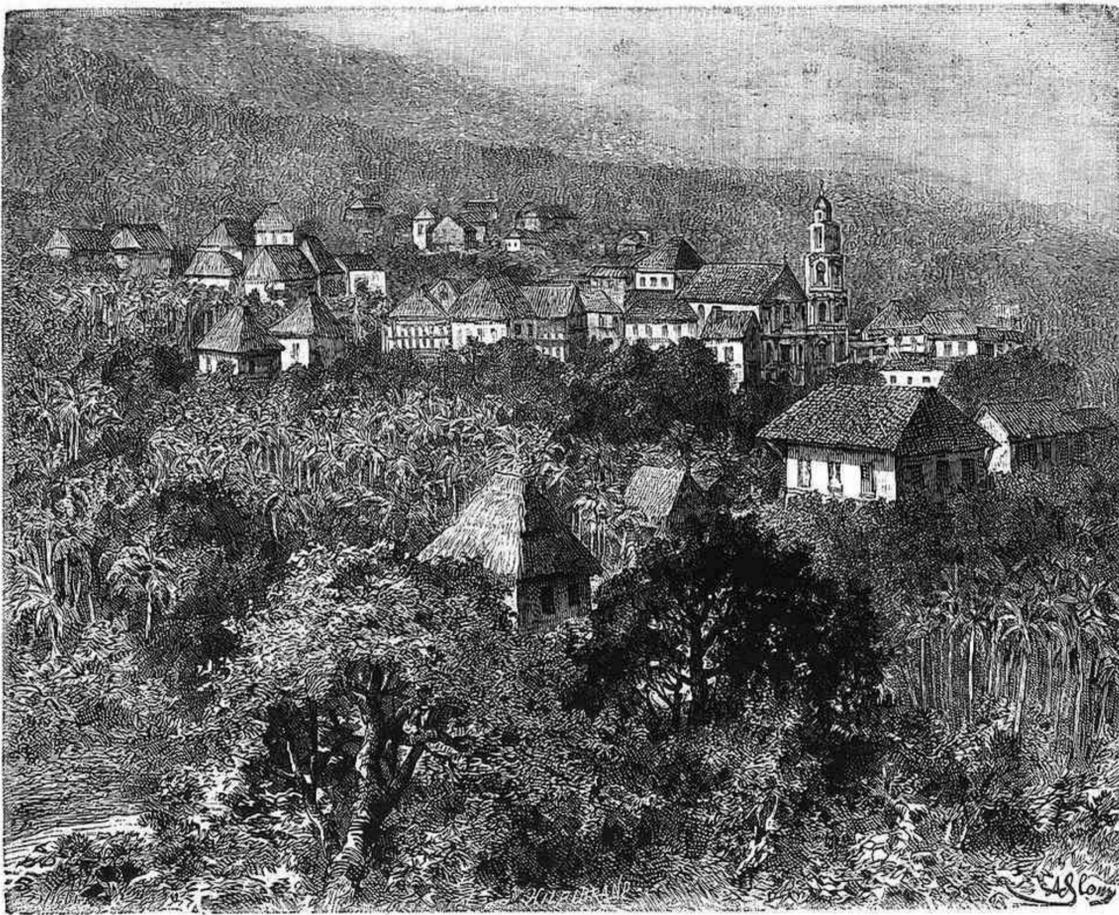
En Pasacao se entra en el dominio del dialecto bicol (hablado por unos trescientos cincuenta mil habitantes), que se extiende á las provincias de Camarinas Norte; Camarinas Sur, Albay, y una parte de Tayabas. Los Bicolos son del todo análogos á los Tagalos, asemejándose mucho los dos dialectos.

4 setiembre.—Proseguimos el viaje á las tres de la madrugada; á las seis estamos al E. y al O. con el Mayón, el gran volcán de Albay, de 2,734 metros de altura, cuyo cono, perfectamente regular, elevase sobre el istmo montañoso de Sorsogón.

Desde que hemos pasado del estrecho de Minduque, la costa está completamente desierta; todas estas alturas, cuyas cimas llenas de bosque se pierden entre los vapores de la mañana, sólo sirven de asilo, según me dicen, á algunos *remontados* (1), cuya reputación es poco más ó menos la de los bandidos de los Abruzzos; pero en estas soledades, el oficio dará seguramente muy poco de sí.

A mediodía entramos en la gran bahía de Sorsogón, protegida por grandes espesuras; á estribor divisamos el Bulusán, volcán apagado; y más lejos la doble cima del gran San Miguel, que se pierde en las nubes. Este inmenso anclaje es muy seguro, aun durante los recios temporales del sudoeste; cuando el centro de la bahía está agitado, escuadras enteras hallarían aguas tranquilas en las ensenadas de la costa, en las cuales no se ven todavía más que algunas chozas de pescadores. El golfo de Nápoles no es tan bonito, ni la entrada de Singapore tan grandiosa.

(1) Se da este nombre á los que huyen á las montañas y los bosques, aplicándose indistintamente á los hombres y á los animales domésticos: es lo mismo que cimarrón.



Viaje á Filipinas.—Una aldea de Luzón

En cuanto al pueblo de Sorsogón, asemejase á Pasacao. Levamos anclas á las tres y treinta minutos de la tarde, y ya de noche, entramos en la parte más angosta del estrecho de San Bernardino; la atmósfera está serena; el mar parece inmóvil, pero anchas fajas iluminadas por los rayos de la luna nos permite reconocer la violencia de la corriente, que en ciertos puntos se extiende en el espacio de algunas millas; es más débil cerca de la orilla, que el *Cebú* va rasando, desviándose lo menos posible, porque lucha á todo vapor contra las aguas del Pacífico, que se precipitan entre Masbate y Luzón.

A las ocho navegamos en el gran Océano dejando á estribor las islas de Capul y de los Puercos.

5 setiembre.—A las cinco de la mañana entramos en el golfo de Albay, ciñéndonos á la costa Norte para evitar los bancos de la del Sur, que se extienden á gran distancia;

mos recomendados por nuestros compatriotas MM. Genu y Dudemaine. El señor Guerra nos dice que seremos sus huéspedes, y vamos á instalarnos con el señor Obregón en el edificio del gobierno, ó *Casa Real*.

El señor Guerra nos pone muy pronto en relación con los individuos de la colonia europea; nuestros aparatos quedan instalados poco después en las grandes salas de la Casa Real; y gracias al apoyo que nos prestan la autoridad y todos los españoles, nuestros trabajos se efectúan rápidamente.

Albay, situada en el extremo sudeste de Luzón, es una de las provincias de las Filipinas que antes se sometieron, á pesar de su posición excéntrica, debiendo considerarse hoy como una de las más civilizadas y de las más ricas.

(Continuará)



Viaje á Filipinas.—Salón del comerciante chino Narciso en Daraga